

«EL JUEGO DE ABALORIOS», por *Hermann Hesse*

Hermann Hesse toca en este libro los límites de la concepción antropológica de la novela, esa que insinuara en su tormentoso «*Demian*». No cabe una síntesis más nítida ni fantásica del espiritualismo cultural que la que trasunta este libro de creación solitaria y original.

Nada hay tan raro en literatura como esos libros que se generan de una visión integral de la vida y de la cultura, y que soltando las amarras del ensayo y de la expresión filosófica entran en un campo literario, asistemático, ablandados en novelas y biografías. Ya allí los conceptos y definiciones no se notan, pero se percibe en cambio un denso fluir de ideas que se armonizan y vitalizan en el claro suceder de un personaje.

Estos libros dejan como resultante, como estimable fruto, a personajes típicos y representativos, como símbolos de trascendencia universal. Y de esta manera lo que empezó siendo intuición y concepto, perdido y desarrollado luego en la técnica de la ficción literaria, reasume su impulso original y termina en tesis. Son concepciones tráfugas del tipo de expresión que les corresponde, tal vez por la evidente capacidad poética del autor, y viven pasajeraente en la novela, arte de lo vivo y movable, hasta que se hieratizan fuera de ella.

El primer libro que conocimos de Hermann Hesse fué «*Demian*» y nos pareció reconocer en él una semejanza de fondo y forma con el «*Tonio Kröger*» de Thomas Mann. Estas novelas iniciales de dos egregios destinos literarios, eran una introspección juvenil practicada por ambos autores, y quedaba como esencia de ellas un sentimiento de rebelión, una nota de aislamiento orgulloso. Desde luego Hesse era más complejo, atormentado y peligroso y «*Demian*» mostraba claramente la huella de Federico Nietzsche. Mann fué siempre más burgués, pausado y deliberadamente goethiano.

Hoy, cuando estos dos alemanes agraciados con el premio Nobel han girado de su cuenta la casi totalidad del tiempo de su vida, podemos decir que fueron hermanos en la iniciación, pero que a la fecha cualquier parentesco literario resulta indemostrable. Mann es novelista de raza, especialista; Hesse es una pseudomorfosis, escritor simplemente.

«El juego de Abalorios» es un libro increíblemente sorprendente, un relato hecho desde el futuro, futuro ideal. Nosotros estamos vistos como pasado: la «época folletinesca». Los selectos en ese futuro son rigurosamente seleccionados para perfeccionarse en la provincia Castalia donde se cultiva el espíritu puro, se investiga el pasado cuantioso y ya casi no se crea nada. Por lo menos esto no es muy bien visto en Castalia. El juego de Abalorios trata de conjugar todas las manifestaciones del espíritu humano del pasado en haces armónicos coincidentes

«Las normas, el alfabeto y la gramática del juego representan una especie de idioma secreto muy desarrollado, en el cual participan varias ciencias y artes, sobre todo las matemáticas y la música (la ciencia musical, respectivamente), y que expresa los contenidos y resultados de casi todas las ciencias y puede colocarlos en correlación mutua. El juego de Abalorios es por lo tanto un juego con todos los contenidos y valores de nuestra cultura...», pág. 16.

«Lo que la humanidad produjo en conocimientos elevados, conceptos y obras de arte en sus períodos creadores, lo que los períodos siguientes de sabia contemplación agregaron en ideas y convirtieron en patrimonio intelectual, todo ese enorme material de valores espirituales es usado por el jugador de abalorios como un órgano es ejecutado por el organista; este órgano es de una perfección apenas imaginable, sus teclas y pedales tocan todo el cosmos espiritual, sus registros son casi infinitos; teóricamente, con este instrumento se podría reproducir en el juego todo el contenido espiritual del mundo».

«...dentro del complicado mecanismo de este gigantesco órgano, cada jugador posee todo un mundo de posibilidades y combinaciones, y es casi imposible que entre mil juegos severamente realizados ni siquiera dos resulten parecidos más que superficialmente...», pág. 17.

Los mejores entran al juego, a esa interminable conjugación del pasado cultural llamada Juego de Abalorios. Sin duda Oswald Spengler fué un formidable y completo jugador de Abalorios cuando en su «Decadencia de Occidente» relacionaba la música instrumental contrapuntística y el sistema de cambios; la invención de la pólvora y la imprenta en sus manifestaciones sincronizadas de la historia en una relación íntima, como medios de la táctica fáustica a larga distancia: «La revolución francesa, a principios de la civilización, vió el primer ataque de folletos, en otoño de 1788 y en Valmy el primer fuego en masa de artillería» («Decadencia de Occidente», tomo IV). La «Divina Proporción» de Luca Paccioli y la contabilidad por partida doble, etc., etc. En verdad la gran obra de Spengler es el Juego de Abalorios.

El asunto es presentado por Hesse a través del jugador Josef Knecht, Magister Ludi, contándonos las vicisitudes de su existencia. Hermann Hesse, que es sobre todo un estupendo pensador, descubre la seria trizadura que hay en esa posible organización mundial, Castalia, del espíritu reflexivo. Knecht visita un convento benedictino y recibe la influencia y enseñanzas del notable Pater Jakobus quien, discrepando de Castalia, alude a la historia, a la antropología, a lo percedero. Es el momento culminante de lo que hay de ensayo en este libro.

Josef Knecht vive en el ambiente aséptico de Castalia y alcanza en él la más alta y difícil magistratura. Se le elige Magister Ludi, maestro del juego. Pero en sus años de aprendizaje y sobre todo en el lapso vivido en el convento benedictino, bajo la influencia del Pater Jakobus, asimila hondamente la condición histórica del hombre. Un día también se acabará la

provincia Castalia sostenida como un lujo en el mundo de su tiempo. Todo ha de pasar y terminar. La ley de la historia lo embarga hasta que renuncia a Castalia. Se va al mundo real de las formas pasajeras y muere.

Es difícil encontrar en el mundo de las letras actuales mayor hondura crítica y perfecta comprensión de nuestras circunstancias, de nuestra «época folletinesca».

«En esa época, millares y millares de hombres, que generalmente cumplían trabajos pesados y vivían una vida difícil, permanecían inclinados en sus horas libres sobre cuadrados y cruces de letras, cuyas casillas llenaban de acuerdo con ciertas reglas del juego. Debemos cuidarnos de ver en esto solamente el aspecto ridículo o tonto y tenemos que evitar mofarnos al respecto. Aquellos hombres, con sus adivinanzas infantiles y sus intentos culturales, no eran ciertamente niños ingenuos o feacios juguetones; estaban envueltos angustiosamente en cismos políticos, económicos y morales, y sostuvieron muchas guerras terribles y luchas civiles; sus pequeños juegos educativos no fueron simplemente niñerías tontas y generosas, sino que correspondieron a una profunda necesidad de cerrar los ojos y de refugiarse en un mundo ilusorio e inofensivo en lo posible, huyendo de problemas insolubles y de acongojados temores de ruina. Aprendían con perseverancia a guiar automóviles, a jugar difíciles juegos de naipes, y se dedicaban distraídos a resolver enigmas de palabras cruzadas, porque se enfrentaban casi sin defensa a la muerte, la angustia, el dolor, el hambre, sin que ya pudieran confortarlos la iglesia o aconsejarlos el espíritu», pág. 23.

«Se escuchaban conferencias sobre poetas cuyas obras nunca se había leído ni se había soñado leer...», pág. 24.

Es una alusión clara, comprensiva y terminante al clima urbano, snob y desesperado de nuestros días.

Libro complejo, verdaderamente estepario, casi una novela para iniciados plagada de fuertes deducciones. Libro que no

basta leerlo, sino que hay que sabérselo antes también. No sabemos cuándo fué escrito pero representa el extremo de penetración a que puede llegar un autor original.

Hermann Hesse, europeo solitario y genial, tal vez decadente, ha hecho del «Juego de Abalorios» un libro que trasunta rumores de testamento y de mensaje, fantasioso, poético, entre ensayo y biografía, un poco novela, un poco de todo.—FERNANDO URIARTE.



CUENTOS DE VIENTO Y AGUA, por *Juan Marín*

No hace mucho tiempo me tocó participar en un programa literario celebrado por el Book Guild de Berkeley cuyo número central consistía en una charla de Anthony Boucher—el autor de las aventuras radiales de Sherlock Holmes—sobre las novelas de misterio en Hispano América. Boucher acababa de regresar de una jira por nuestro continente y con gesto dramático inició su charla sacando de su cartapacio dos libros medio desencuadernados y muy desteñidos, al mismo tiempo que decía: «He aquí, señoras y señores, el resultado final de mi afanosa búsqueda». Dos novelas, eso era todo. Lo curioso es que de las dos novelas una era de autor chileno: *Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno*, por Miguel de Fuenzalida.

Justo es decir que Boucher no buscaba libros de misterio en general, sino exclusivamente novelas policiales. Por lo tanto, yo que asistía a la reunión en calidad de «autor hispanoamericano» no tuve más remedio que reconocer la pobreza de este género entre nosotros e improvisar algunas explicaciones que justificaran el hecho. La explicación más sencilla que se le ocurre a cualquiera es la de que en nuestros países los crímenes se cometen a garrotazos o cuchilladas, a plena luz del día y en el paseo principal de la ciudad; en consecuencia, el detective no